

## El combustible y la pesca

R. Franquesa, J. Lleonart, P. Oliver y J.L. Sánchez-Lizaso

Periódicamente surgen noticias sobre los problemas de la pesca. La más reciente ha sido la protesta por parte de los pescadores por el aumento del precio del combustible, otras veces las causas han sido otras. Las manifestaciones son diversas pero la enfermedad es la misma: la sobreexplotación. Dicho brevemente, el poder de pesca es superior al que es necesario para explotar los recursos de una manera sostenible, es decir, capaz de satisfacer tanto las necesidades de las generaciones presentes como de las futuras, de una forma continuada y sin provocar el deterioro del recurso.

Esto es algo que sucede en todo el mundo. El sobredimensionamiento de las flotas es el resultado de la carrera para obtener una riqueza que es del primero que llega y conduce al agotamiento de los recursos. Una pesca sostenible implica mantener en la mar una población de peces suficiente como para generar unos excedentes de biomasa que son los que tendríamos que limitarnos a explotar. Sin embargo la tentación de convertir en dinero un recurso que otro, más avisado, puede obtener antes que nosotros constituye un estímulo casi irresistible. Así se cae en la espiral de la sobrepesca, invirtiendo cada vez más en tecnología i potencia para hacer la pesca rentable. En esta carrera, la necesidad de correr más que los demás estropea la eficacia de la propia pesca en forma de descartes masivos de pescado que, pequeño, deteriorado o poco comercial, es devuelto al mar sin vida, con lo cual su contribución al ciclo vital es nula o muy escasa.

Los síntomas de la enfermedad son los problemas económicos que se manifiestan en forma de protestas por las tallas mínimas, las mallas legales, los fondos de pesca, las vedas y, ahora, el precio del carburante, que, en definitiva no son sino demandas de más captura o de subvención. Las “soluciones” que se dan tradicionalmente a estos problemas son económicas, es decir, el tratamiento que se da a los problemas de la producción pesquera no son muy distintos de los que se aplican a la producción de cualquier otra mercancía: soluciones económicas a problemas económicos. Sin embargo el recurso pesquero no se deja regular por este sistema. Tratar un recurso natural autorenovable como si fuera capital es algo que no funciona. Para la economía neoclásica “capital monetario” y “capital natural” son diversas formas de una misma categoría, y por tanto, intercambiables. Pero la cosa no funciona así. La explotación de los recursos renovables, ya sea pescado o agua potable, no puede crecer indefinidamente. No es el mercado quien marca los límites, es la naturaleza.

¿Quiere esto decir que nuestras pesquerías están abocadas al colapso? No, necesariamente. Pero para evitarlo se tiene que hacer algo más que arreglos económicos. Se necesita una planificación del sector que tenga en cuenta el potencial pesquero de nuestras aguas, y que contemple una flota moderna, bien dimensionada y que sea respetuosa con el medio natural. Una correcta gestión de la pesca tiene que afrontar el conflicto existente entre la búsqueda de una rentabilidad a corto plazo, que conduce a la sobreexplotación, y una explotación sostenible y rentable a largo plazo.

Este último conflicto del carburante ha puesto en evidencia la potencia excesiva de algunas embarcaciones de la flota pesquera del Mediterráneo. La única razón para que existan arrastreros en el Mediterráneo de más de mil caballos de potencia, es que existen arrastreros de más de mil caballos. Un pacto de no superar, por ejemplo, los cuatrocientos o quinientos caballos de potencia, permitiría pescar a todo el mundo con costes claramente inferiores a los actuales. Claro que en este caso es necesario evitar caer en la trampa del prisionero, todos deben cooperar ya que quien viole el pacto sacará ventaja iniciándose otra vez la alocada carrera hacia una potencia absurda. Existen otras posibles medidas de gestión pero en todo caso se debe escoger el camino de la sostenibilidad. Nuestro mundo va hacia el encarecimiento del combustible fósil, cosa por otra parte bastante previsible, de forma que los procesos que estamos viviendo son difícilmente reversibles.

Son las administraciones que deben tomar la iniciativa, dirigir, coordinar y reconducir el sistema pesquero, y no que el sistema les dirija a ellos. Deben ser capaces de crear el marco adecuado y tener la voluntad política de gestionar con visión de futuro el uso de un recurso que pertenece, no lo olvidemos, al conjunto de la sociedad. Asimismo es imprescindible que el sector se involucre en la toma de decisiones de gestión. El sector debe tomar consciencia del problema que supone la explotación sostenible de los recursos pesqueros y reclamar un papel activo en su gestión, abandonando el tradicional sometimiento a una gestión de carácter paternalista por parte de las administraciones pesqueras que supuestamente le eximen de responsabilidad ante las consecuencias de tal gestión. Amparado en ello el sector pesquero se enfrenta a la situación de sobrepesca de los recursos y a la consecuente falta de rentabilidad de su actividad exigiendo más y más subvenciones haciendo oídos sordos a las señales de alarma provenientes de la realidad socioeconómica en la que se mueve y del agotamiento de los recursos sometidos a explotación.

---

R. Franquesa es economista pesquero de la Universidad de Barcelona, J. Lleonart es biólogo pesquero del CSIC, P. Oliver oficial de recursos pesqueros de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y J.L. Sánchez-Lizaso profesor de la Universidad de Alicante y presidente del Foro Científico sobre la pesca española en el Mediterráneo.